La excursión de la clase

Paul Maar

übersetzt von Josefina Capote

Tina y Tim son amigos.

Desde este curso escolar están incluso en la misma clase.

Su maestra es la señora Bode

Frau Bode es muy amable. Ella tiene buenas ideas.

Ella está planeando una excursión para la clase. Algunos quieren hacer senderismo y otros prefieren viajar en autobús.
—Mejor hacemos las dos cosas. —dijo la señora Bode.
—Vamos en autobús hasta el Steigerwald. Después dejamos el autobús en los límites del bosque y caminamos hasta las ruinas.
—¿A qué “Rinne“ vamos? – preguntó Jörn—.
—Una ruina, —corrigió Tina—. Eso es una casa destruida.

Señora Bode afirma con la cabeza. —Sí, son restos de un antiguo castillo medieval. Muros muy gruesos y una torre muy alta.

	El miércoles temprano se reúnen todos en la plaza Schiller. Allí ya está esperando el autobús, que sale puntualmente. Después de tres horas, el autobús para al borde del bosque. El chofer dice: —¡Espero aquí hasta que regresen!
	Algunos alumnos de la clase quieren salir corriendo. La señora Bode dice — ¡No tan rápido! Cuando vayamos a través del bosque, tenemos que seguir las siguientes reglas: Permanecemos siempre juntos, ¡Nadie recorre solo el camino! ¡Y nadie se desvía del camino!, ¡El bosque es muy peligroso! ¡No quiero perder a ninguno de vosotros! ¡¿Habéis entendido?!
	Después de caminar un buen rato, llegaron a un lugar donde habían muchos arbustos. Bastian fue el primero en descubrirlas y grita —¡Frambuesas! Los demás ya están en los arbustos y se llenan la boca de bayas. —¡Tenéis cinco minutos! —dijo la señora Bode. Después de un rato llama la señora Bode, —¡bueno, ya es suficiente!, ¡Tenemos que seguir!

	Cuando se pusieron nuevamente de camino, Tina le dijo a Tim: — es una pena que tuviéramos que seguir, las frambuesas estaban deliciosas.
	Después de diez minutos llegaron a las ruinas. Primero, subieron todos a la torre. Tina y Tim observan cuánto tiempo tarda en llegar al suelo desde lo alto de la torre los escupitajos que estaban lanzando ellos dos. Cuando todos bajaron de la torre, la señora Bode dice, —Aquí haremos una media hora de pausa. Ahora podéis desempacar sus meriendas. Pero, por favor, quedaos aquí. ¡Nadie se me aleje!

	Tina mira lo que le ha puesto su mamá de merienda. — ¡Oh, no! —se queja Tina.— ¡Pan con queso! ¿Te gusta el queso? —le pregunta a Tim. — ¡Sí, claro! —reponde Tim y se ríe. Tina pregunta, —¿cambiamos? — Sí, gustoso, —dijo Tim y se ríe otra vez. Entonces Tim le enseña su pan a Tina. — ¡También queso! —Voy a buscar algunas frambuesas. —dice Tina. —No puedes hacer eso, —le murmura Tim — ya escuchaste lo que dijo la señora Bode. —No se dará cuenta, —murmura Tina—. Antes de que se termine la pausa estaré de vuelta. Tina se escapa a escondidas.
	Tim espera. Después de un tiempo la señora Bode pregunta,: —¿Están todos aquí? —¡Sí!, —gritó rapidamente Tim—. —Mejor contamos para estar seguros de que están todos aquí. —dice la señora Bode—. ¿Quién comienza?

	—Yo, —grita Elvira: —¡uno! —¡Dos! Grita Bastian. —¡Tres! —ese fue Achim. —¡Cuatro! —grita Tim. Y así sucesivamente. —¡Espero que Tina venga pronto!, —piensa Tim. — De lo contrario la señora Bode se dará cuenta de que somos solamente 28. —¡Veintiocho! —Grita ya Eva. Hay un instante de silencio. — Tim grita rápido: ¡veintinueve! —Bien. Entonces estamos completos, — dice la señora Bode—. Nadie se dio cuenta de que Tim había contado dos veces.
	—Tomaremos un atajo, —dice la señora Bode y comienza a caminar delante del grupo. Tim está caminando muy lento y mirando siempre a los alrededores. ¿Dónde estará Tina?

	Tina ya ha comido muchas frambuesas. —Ahora tengo que regresar rápido, —se dice Tina a sí misma—. Pero al llegar a las ruinas, todos ya se habían ido. —¡Qué fastidio!—se lamenta Tina. — ¿Por dónde habrán regresado? Desde la ruina salen tres caminos. Tina se decide por el de la izquierda. Ella corre tan rápido como puede. ¿Dónde estarán los otros?
	Finalmente, Tim se detiene. ¿Qué debe hacer? ¿Debe decirle a la señora Bode que falta Tina? Entonces tendrá que confesarle que él contó dos veces. —¡Tim, no seas holgazán!, —dice la señora Bode.—¡Dale, vamos! Tim sigue caminando lentamente.
	Tina corre y corre. El bosque se hace cada vez más tupido. Se detiene y mira a su alrededor. Por alguna parte se ha partido una rama. Hay ruidos en los arbustos. Tina contiene la respiración por el miedo. Un conejo sale de los arbustos y le salta delante. Aliviada, corre de regreso a las ruinas. Allí toma pues el camino del medio. Ahora, ¿Será este el camino correcto?

	—¡Señora Bode, pare! —grita Tim —Falta Tina. Y Tim cuenta lo que él había hecho. La señora Bode no pelea, ella está muy, muy nerviosa. —¡Regresemos rápido! ¡Llamad todos a Tina!, —ella les ordena. —¡Tenemos que encontrar a Tina. Todos llaman, todos corren de regreso¡ Pero Tina no está ni en las ruinas ni en el campo de frambuesas. —¡Dios mío! ¡Qué desgracia!, —dice la señora Bode casi llorando—. —Tengo que avisar a la policía, no tengo otra salida.
	La señora Bode grita:— ¡Tenemos que regresar rápido al autobús! Allí está mi teléfono celular. Todos los niños corren hasta llegar al autobús. Allí está sentada Tina junto al chofer. —¡Tina! —grita la señora Bode. —Tina, ¡¿dónde has estado?!
	Tina dice bien bajito: —me perdí. —Señora Bode, lo siento muchísimo. Tenía mucho miedo —Mi miedo era mucho mayor, —dijo la señora Bode—. —¡Pero el mío era grandísimo!

	Fin